

Preparación para la próxima vida

ATTICUS LISH

TRADUCCIÓN DE MAGDALENA PALMER



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
Preparation for the Next Life

Copyright © 2014 by ATTICUS LISH

Primera edición: 2016

Traducción
© MAGDALENA PALMER

Imagen de portada
© MÜNSTER STUDIO
www.munsterstudio.com

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2016
París 35-A
Colonia del Carmen, Coyoacán
04100, México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España.

www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Impresión
KADAMOS

Formación
GRAFIME

ISBN: 978-84-16677-15-3

Impreso en España

Para Beth
En esta Vida y en la Próxima

PRIMERA PARTE

Llegó desde Archer, Bridgeport, Nanuet; trabajaba en las inmediaciones de la 1-95. Vestida con cazadora y pantalón vaqueros, con una bolsa de plástico, unas chanclas y un número de teléfono en la mano, esperó bajo un paso elevado, mareada, pues llevaba horas sin probar bocado.

La recogieron en la autopista, junto a un sencillo cobertizo blanco con un cartel del Ejército y neumáticos colgados de los árboles. Paró un Caravan con un rey Mono en el salpicadero y ella se subió. Los hombres la llevaron a un motel y la dejaron en una habitación con seis mujeres de Fujian y un litro de refresco. Pasó la noche escuchando los camiones que llegaban y el rumor del aire acondicionado.

Le dieron una camisa con una insignia y una visera que olía a grasa antigua. Todos le dijeron: Tienes que ser rápida porque jefe te vigila. Nadie hablaba el mismo dialecto, por lo que se comunicaban en inglés. El primer día de trabajo, sus gastadas zapatillas de deporte resbalaron en la grasa. Se le cayó un pedido, los fideos se desparramaron como gusanos y esa noche se acostó de cara a la pared, parpadeando, con la mandíbula apretada.

Los estadounidenses aparcaban sus camionetas delante del restaurante y las dejaban chascando al sol. Entraban despacio y en silencio, vestidos con camisetas de tirantes y pañuelos en la cabeza. Se acodaban en la barra, señalaban la carta con un dedo grueso y decían: Este de aquí. Los negros llevaban en la mano lo que pensaban gastar, el fajo de billetes y las monedas.

¿Me llega para las alas de pollo? Pues ya me dirás qué puedo comer con esto.

Ella sabía decir okey. Cuando le señalaban un plato en la carta, lo entendía. En Nanuet siempre querían el bufet libre. Eso lo comprendía. Quiero más de eso. Okey. Sabía apresurarse para servir más rápido, trabajar porque tocaba, trabajar catorce horas diarias durante diez u once días seguidos hasta que llegaba el día para fumar, como lo llamaba el jefe, porque eso era mejor que rebuscar entre la basura en los arrozales, al sur del río.

En el motel, siempre tenían el televisor encendido para practicar inglés. Se sentaban en cuclillas sobre la alfombra y movían la boca bajo la luz azulada mientras contemplaban pasillos de supermercados y automóviles veloces. Increíble, decían por la tele. Este martes en la Fox. Un día nefasto en Irak. Veía soldados embozados y antenas de radio que pasaban raudos ante casas de adobe por un desierto muy similar a aquel donde había vivido.

Camello, señalaba ella. El animal, es muy bueno.

Inglés demasiado difícil, decían las otras. Imposible. Cabeza demasiado dura.

Alguien bostezó.

Hay que practicar sin fin.

De noche, cuando acababan de trabajar, cruzaban el aparcamiento hasta el único coche que seguía allí, el Caravan que esperaba para llevarlas de vuelta al motel. Entregaban al hombre su ración de comida, que él dejaba sobre unos periódicos abiertos por las páginas de Hong Kong. Durante el trayecto, ella contemplaba las prolongadas llanuras de la noche, las negras zonas boscosas, la carretera y el cielo de pizarra. El hombre tenía una cadena de oro y permiso de trabajo, y conducía con las luces apagadas, atento a la policía.

Las mujeres procedían de diferentes aldeas: Empezar a celebrar, Cuatro encuentros, Montaña unida y Honradez admirada. Ella les dijo que venía del sur del río.

Pero eres de otro sitio, le dijeron.

Soy china, como vosotras.

No lo pareces.

A la luz del sol, se veía que el cabello de Zou Lei no era negro, sino castaño. Y ligeramente ondulado. Tenía la nariz un poco aguileña y ojos siberianos.

Nuestra China es un país grande, decía ella.

Hablas como la gente del norte.

Noroeste.

Ésa es de las minorías, dijo una de las mujeres.

Podéis enseñarme vuestra lengua.

Eso es absurdo. Hablamos bancal del pueblo, arroyo tranquilo, lago plácido, sur tortuoso, reja de algodón, zhangpu, convergencia de paz, swatow, serenidad común, prominencia, samyap, jungcan, amplia paz, tres condados, dialecto similar al de la familia Zhang y cien más. ¿Cuál te enseñamos?

Zou Lei reflexionó unos instantes. Entonces decidme cómo se dice el cielo es alto. Sonrió y señaló el sucio techo. El cielo es alto y ancha es la tierra.

Algunas asintieron, otras sonrieron y mostraron sus estropeadas dentaduras. Es cierto, es cierto, coincidieron, y una de las mujeres suspiró.

Pero lo que en realidad aprendió fue a tomar nota de los platos. Las galletas de la fortuna estaban en una caja, debajo del calendario del año de la cabra y el pequeño altar de plástico. Las servilletas, las pajitas y los palillos se guardaban juntos en el estante. Dale a todos tenedor de plástico, digan que digan. Cuando un cliente entra, tú preguntas: ¿Qué va comer? Luego gritas pedido detrás: pollo-broc, ternera-broc, ternera-guisante, triple vapor, así, para ir más rápido.

Nadie tuvo que enseñarle a fregar el suelo, ni a sacar la basura, ni a preparar grandes bolsas de verduras cortándoles la parte que no se comía. Vieron que era muy trabajadora. Casi todo lo que hacían era algo que ella ya sabía hacer. Lavaba la ropa de cuclillas en la bañera, la escurría con sus manos agrietadas, rurales y amoratadas, y la tendía en la barra de la cortina con las prendas de las demás, los mojados vaqueros con lentejuelas y los desvaídos personajes de cómic de las camisetas.

En el mostrador, colocaba un cartón en el fondo de una bolsa, grapaba los bordes del envase de porexpán, y metía el envase en la bolsa, encima del cartón. Luego amontonaba los otros envases sobre el primero, separados por cartones. Después grapaba una carta con el menú y entregaba el pedido a un chico flaco y rubio, de pelo largo, siempre tocado con una gorra roja de béisbol. Un día, mientras se llevaba un pedido, él le comentó: Estás mejorando mucho, te he cronometrado.

El jefe dijo que las mujeres necesitaban que alguien supervisara su bienestar, una hermana mayor que lo mantuviese informado. El jefe también les hizo memorizar una frase, «No es cuestión de tiempo, sino de dinero», que él quería que repitiesen mil veces al día, tan rápido como pudieran.

¿Qué significa?, preguntó Zou Lei.

No significa. No se sabe el significado.

Una de las mujeres tenía problemas mentales. Pasaba mucho tiempo callada y luego decía que la policía la había obligado a abortar en Guangxi.

Cuando empezó el frío, algunas dormían juntas. Dejaban la ropa mojada colgando en la ducha y se agazapaban delante del calefactor, enfermas, tosiendo y escupiendo en la papelera.

En la tele veían chicas que hacían surf, conducían camiones, boxeaban y corrían maratones. Cuando llegaba la furgoneta del reparto, ella corría fuera y se cargaba los sacos de arroz al hombro. Las mujeres lo desaprobaban, decían: Deja que hagan eso los hombres, el cocinero y su primo. No le lamas culo al jefe. Zou Lei respondía que le gustaba mover las piernas. Por la noche hacía abdominales. Cogía un periódico de la furgoneta y leía los clasificados para buscar trabajo en otros estados.

Se marchó a Riverhead y trabajó allí el resto del invierno, alojada en La Quinta con un grupo de mujeres que hablaban tres luces y mandarín rural. Tenían un hornillo, que compartían.

América es un buen país, dijo una anciana. Cruzamos el océano en una barca pesquera. La policía marítima nos

descubrió y nos encerró en una isla cerca de San Francisco. Casi muero en el viaje, y eso fue lo que me salvó. Tuve suerte. A los otros los obligaron a volver a casa, pero yo no volví. Mi primo solicitó asilo. A algunas de estas hermanas ya las han deportado una vez. Ahora vuelven, una vez se convierte en dos, dos en tres. Van a la península de Yucatán, cruzan la frontera de Arizona. Ahora es muy difícil, sí. Aquello es el desierto, no es para nosotras, que somos un pueblo de río. La lengua de mi aldea es mijo de agua. Estamos a cincuenta kilómetros de Campo Ancestral y allí no entienden ni una palabra de lo que decimos.

Estuvo un año en Archer y seis meses en Riverhead. Había acabado la epidemia de gripe porcina y las noticias hablaban de la guerra contra el terrorismo y las dificultades para conseguir permisos de trabajo. Zou Lei pasó la página y vio una fotografía en blanco y negro de un prisionero desnudo, tumbado en el suelo, con un saco de arena encima de la cabeza. Pasó otra página y estudió las palabras: construcción, modista, restaurante, belleza, remuneración según aptitudes.

Fue a Nanuet y le dieron otra camisa con una insignia y otra visera. Las mujeres vivían en una caravana apoyada en bloques de hormigón sobre un lecho de agujas de pino y tendían la colada en una cuerda. En su día para fumar, fue hasta el centro comercial corriendo a lo largo de la autopista; saltó el guardarraíl y miró en los escaparates las zapatillas deportivas «Made in China».

El jefe llevaba un brazalete de jade y conducía una sucia furgoneta Astro. Le dijo que la lavara en la parte de atrás, donde había una zona de carga y descarga, contenedores de basura, una valla y detrás el bosque. Mientras la manguera chorreaba, Zou Lei miró más allá de los contenedores y se imaginó corriendo por el bosque.

El año siguiente, en otro estado, vivió en una habitación de motel con ocho mujeres que hablaban en código, incluso en su propio dialecto. Cuando ella les preguntó de qué aldea eran, una respondió: Árbol de canela. Las otras se volvieron hacia la

mujer que había hablado y la regañaron, ¿qué haces contando secretos a una forastera?

Tenían una hermana mayor llamada Sophia que decidía cuándo podían ver la televisión. No se les permitía abrir la puerta si alguien llamaba, a menos que Sophia estuviera allí y les diese permiso.

Finalmente, Zou Lei comprendió que, en el argot rimado de las mujeres, velero era el dinero que enviaban de vuelta a China; grito era un teléfono; cuervo era extranjero ilegal y Andy era la poli.

Un hombre con gafas de espejo y un dragón en la muñeca les trajo un paquete de compresas. Al jefe le encanta la música, dijo. Todo lo que hago, lo hago por ti. ¿Conocéis la canción?

Una vez, cuando Sophia no estaba, Zou Lei dejó entrar a la camarera del motel y le preguntó de dónde era y qué tal estaba su trabajo.

De Honduras, respondió la camarera, que llevaba una cruz tatuada en la mano. Tendrían la misma edad.

Zou Lei corrió al baño, salió con las toallas húmedas y las metió en el cesto de la ropa sucia. La chica hondureña sonrió y dijo gracias.

¿Y tu trabajo? ¿Ganas dinero con trabajo?, preguntó Zou Lei.

No, no mucho. Poquito dinero. ¿Tienes papeles?

No.

Las dos se echaron a reír.

María le enseñó a dar la mano. Zou Lei le enseñó el anuncio del periódico *Sing Tao* que afirmaba que podían comprarse números de la seguridad social.

Llamando a una puerta de acero, consiguió un trabajo de ocho horas al día que consistía en introducir platos de embrague dentro de cajas de cartón, el empleo mejor pagado hasta la fecha: nueve dólares la hora, menos impuestos. A la hora del almuerzo comía arroz y pavo de una fiambarrera mientras los estadounidenses, vestidos con ropa de trabajo y pañuelos en la cabeza, hacían cola ante la furgoneta de comida. Siempre

llevaba todo su dinero encima, en un cinturón pegado al cuerpo; también el móvil y el documento de identidad falso, aquello que no podía perder.

Un día de mediados de otoño, entró en una tienda de comestibles y la arrestaron al salir.

Tranquila. ¿Llevas algo en los bolsillos? ¿Algo afilado? Bien. Tranquila. Un hispano vestido con un jersey de fútbol americano le levantó los brazos y, sin mirarla, le volvió los bolsillos del revés. Le desabrochó el cinturón que llevaba pegado al vientre y se lo entregó a un tipo armado con una pistola semiculta bajo la sudadera. Zou Lei acababa de cobrar el cheque de su paga en la tienda y siguió el cinturón con los ojos. ¿Necesitas un traductor? Estás muy nerviosa. Cálmate, ¿vale? Tranquila, ¿de acuerdo? ¿Hablas español? ¿Qué eres, china? ¿Tú vienes de China?

¿Por qué no he echado a correr?, pensó Zou Lei.

La cachearon y le quitaron el dinero. La esposaron con unas bridas y la metieron en una furgoneta con un detenido salvadoreño. El proceso duró toda la tarde. Hola, mami, ¿eres tímida? Allí había chinos, camboyanos, guatemaltecos. La llevaron a una celda de cristal con suelo de cemento, un banco de acero inoxidable y fluorescentes en el techo. Otras chicas entraron y salieron durante la noche, hasta que la trasladaron. Se frotó las marcas que le habían dejado las bridas en las muñecas.

Una chica blanca con el rímel corrido le dijo: Será mejor que estos cabrones me suelten antes del cumpleaños de mi novio.

Le ordenaron que saliera en plena noche. A través del reflejo del cristal vio que alguien la miraba, un americano con bigote. Se encendió el interfono. Sí, tú. De pie. Ella hizo lo que le decían. La puerta se abrió, el hombre hizo señas con el dedo. Zou Lei salió de la celda. Los pasillos eran oscuros en toda la cárcel y ella no entendía nada. Allí no había nadie salvo el agente y, pasillo abajo, una figura cabizbaja que fregaba el

suelo con una paciencia extraña y abnegada, como si no estuviera allí, y Zou Lei comprendió que era un recluso.

Coge uno. El agente señaló un cesto de ropa lleno de gastados monos naranja. Ella tuvo que preguntarle dónde podía cambiarse antes de que él se lo mostrara. Después se encerró en el baño y por un momento estuvo a solas con el lavabo, el espejo, el retrete de porcelana y los azulejos. En la mesa del agente, una radio emitía un anuncio de coches. Ella se quitó los vaqueros deprisa, evitando el espejo. Se puso el mono, descubrió que no tenía mangas, se subió la cremallera y salió apresuradamente, ofreciéndole los vaqueros al agente como si fuera un regalo. Él los guardó.

El agente la tomó del codo y la condujo al interior de las instalaciones; las suelas de sus zapatos resonaron pesadamente en el suelo, mientras las chanclas de Zou Lei repiqueteaban apresuradamente al lado. Doblaron otra esquina y la radio dejó de oírse. No había luces y olía a animal. El agente se detuvo ante una gran ventana negra, abrió una puerta que daba a una gran habitación oscura y, tomándola del codo, la condujo a lo que parecía una cancha de baloncesto cubierta. Ella apenas vislumbraba las celdas numeradas en el suelo de cemento. Se volvió para preguntar qué tenía que hacer. Ésa. La diecisiete, dijo el agente, y cerró. Zou Lei lo oyó alejarse. Con una manta en los brazos, forzó la vista, identificó su número y se dirigió a la celda. Encima había un segundo nivel. En su diminuto espacio numerado, detrás de una pesada puerta recubierta de pintura náutica, fue tanteando hasta tocar una estructura metálica. Era un camastro. Se acostó. Sus ojos se habituaron a la oscuridad y vio las pintadas en los ladrillos de hormigón. Se levantó y cerró la puerta. No tenía pestillo. Se quedó tumbada, escuchando con los ojos cerrados.

Lo soportaré, se dijo cuando encendieron las luces, vio dónde estaba y descubrió que el objeto de acero adosado a la pared era el retrete. En China las condiciones habrían sido peores.

Salió de la celda y vio a las otras reclusas, gordas, abotargadas, hostiles, con acné y el cabello afro erecto, que salían arrastrando los pies y ocupaban la mesa del centro de la sala, se arremolinaban en la escalera, deambulaban ante el largo ventanal, jugueteaban con el pelo de sus compañeras. Una chica negra se tiró un pedo y dijo: ¿Has oído? Había mujeres campesinas de sangre india y cruces en las manos que no se separaban de su grupo. Era evidente quién procedía de una redada de inmigración. Era evidente quién era ella. Se agachó, sola, como hacían todas las emigrantes.

Llegó el agente y dejó entrar a un recluso que empujaba un carro de comida. Todas se levantaron. Ella se quedó donde estaba y dejó que las negras y las norteamericanas se le adelantasen. Cuando recibió su bandeja, se la llevó a su celda, donde comió el sándwich de embutido y queso con la vista firmemente apartada del retrete.

Se pasó el día caminando de un extremo a otro del ventanal de la sala grande, pegada a la pared, hasta que apagaron las luces.

Llevaría allí dos o tres días cuando cayó en la cuenta de que no estaba segura de si habían pasado dos o tres días, o quizá más. Aunque intentó contarlos, le resultó imposible distinguir un día del siguiente. No había ningún reloj. Se planteó llevar un calendario, pero no tenía con qué escribir. Allí no había nada, aparte de ella y las otras mujeres encerradas en aquella sala ruidosa y sucia.

Preguntó a una mujer con la nariz aplastada si alguna vez les dejaban ver la tele.

¿La tele? Sí, claro que tenemos. Está al lado del *jacuzzi*.

Junto a la ventana había un teléfono público donde habían pegado la tarjeta de un agente de fianzas y el correspondiente número 800. Zou Lei había visto llamar a las reclusas desde allí. Silvio, dijo una voz cuando ella marcó el número. Le explicó lo mejor que podía quién era, el hombre le preguntó desde dónde llamaba y ella ni siquiera lo sabía. Bueno, tranquila, él ya se informaría. Si la habían arrestado en Bridgeport, sólo

podía estar en dos sitios. ¿Sabes de qué se te acusa? ¿No? Por lo que cuentas, si has entrado clandestinamente en el país, no tienes derecho a fianza. Eso es la Ley Patriota. Se lo repitió, para que ella lo entendiese. Sí, dijo Zou Lei. Lo sé.

¿Hay alguien que pueda pagarte la fianza?

No, dijo ella. En este país soy sola. Trabajaré para ti al salir, si me sacas, le explicó con dificultad. Soy honrada. Pago todo.

Hablaba estrujando el auricular en la mano, con la cabeza gacha.

Eso no lo dudo, dijo él. Pero, en tal caso, no creo que pueda hacer nada.

Ella escuchó.

Así son las cosas.

Él tenía que colgar.

Para no desanimarse, Zou Lei volvió a recorrer la pared de extremo a extremo y se distrajo contando kilómetros. Empezó a hacer flexiones de piernas cada tres pasos. Oyó gritos, pero no pensó que le gritasen a ella. Se sobresaltó cuando alguien se levantó de la mesa y se acercó. Hizo como si no la viese, pero aquella mujer la seguía, gritando cada vez más fuerte. Sí, ahora le chillaban de verdad y todas miraban. Le decían que parase. ¡Aquí no hagas eso! Te lo digo muy en serio, ¿oyes? Dejó de hacer flexiones. Los gritos cesaron, pero los jadeos de la mujer que se había acercado siguieron oyéndose un buen rato.

Estas putas imbéciles que fingen no entender inglés.

Cuando algo la angustiaba, lo apartaba de sus pensamientos. Nadie le contaba nada. No había abogados. Una noche soñó que su padre de piel curtida, escasa estatura, elegante y uniformado, la visitaba en el centro de detención. No le decía nada. Los estadounidenses hablaban con él. Su padre la apartaba de las demás y tenían que soltarla. El sueño se repitió en una segunda versión en que él cometía un terrible error al entrar en las instalaciones y luego no podía salir. Zou Lei se incorporó, confusa, en el camastro.

Vio que soltaban a una mujer, que se marchó contoneándose por el otro lado del ventanal, con un brazo extendido,

siguiendo al agente hacia el vestíbulo donde le devolverían su ropa y saldría a la calle invernal.

Zou Lei se comió un emparedado de mortadela y luego hizo flexiones en su celda, al lado del retrete.

Esperaron en fila india para ver a una trabajadora social, que le preguntó si tenía alguna ETS. Le explicaron el concepto. Ella creía que significaba SIDA. No, dijo.

¿Estás embarazada?

Negó con la cabeza.

¿Sabes qué día es hoy?

Negó con la cabeza.

Es martes. ¿Hablas inglés?

Asintió, luego negó con la cabeza.

¿Pertenece a alguna banda?

No lo sabía. No.

Dijo que quería saber si podría ver a un abogado. Nadie le había dicho de qué se la acusaba o por qué la retenían. Cuando intentó preguntar qué iba a pasarle, un agente le ordenó que volviese a su extremo de la habitación.

Las latinas tenían una banda para protegerse, las Niñas Malas. ¿Y tú qué eres?, le preguntaron las mujeres blancas de pelo raro. Alguien dijo: Al Qaeda. Soy china, dijo Zou Lei. Se mojó el pelo en el lavabo y se lo recogió hacia atrás para tener otro aspecto.

No le gustaba hacer ejercicio en su celda. Cuando estaba sola, su cerebro se volvía del revés, como un envoltorio. Divagaba y, al volver a la realidad, habían pasado horas. Una vez, viajó mentalmente a la fábrica de embragues donde había trabajado y vio a los empleados, charlando en el trabajo. Decían: ¿Os acordáis de aquella chica? ¿Qué le pasaría? Y Zou Lei supo que hablaban de ella. Imaginó el cielo azul y hasta llegó a oler el asfalto, el campo y la camioneta del almuerzo.

Algunas latinas le preguntaron: ¿Estás preñada? Eh, tú, ¿estás preñada? Y, en lugar de ignorarlas, ella las miró y dijo:

No estoy nada. Luego hizo como que no las veía, pero tenía miedo. El miedo iba y venía como una señal de radio. Cuando la señal se desvanecía, se reanudaban los vómitos. Descolgaba el teléfono, escuchaba la señal y colgaba, miraba por la ventana y esperaba a que pasara alguien. Se encontraba mal por culpa de esa habitación sellada. No puedo soportarlo, pensaba. De vez en cuando pasaban agentes uniformados de verde. A veces un recluso que trabajaba para el centro de detención pasaba por allí con cara de circunstancias porque una de las mujeres se levantaba de la mesa de un salto y corría a aporrear el cristal, gesticulando.

Los ojos le dolían de soledad. Cuando los cerraba, le corrían lágrimas por las mejillas.

Al final de aquel día artificial se acercó a la escalera, donde las otras reclusas hablaban con una joven muy serena que subrayaba lo que decía golpeándose la palma con el puño. Zou Lei prestó atención. La joven decía que le habían caído treinta años por atraco a mano armada.

Él iba armado y yo iba con él.

Vaya marrón.

A él le ha caído la perpetua.

¿Tú quedarás aquí?, preguntó Zou Lei.

Las demás la miraron y luego miraron a la atracadora para ver qué respondía.

¿Si me quedaré aquí? No, me llevarán a la cárcel estatal.

Al poco, como si se hubiese enojado con unos niños, la mujer bajó unos peldaños de la escalera donde estaba sentada y se apartó de las demás. Zou Lei se le acercó y le preguntó lo que quería saber desde hacía tiempo.

Te deportarán, dijo la mujer. No sé. A lo mejor te envían a una prisión federal.

Ésa fue la respuesta que recibió: Nadie sabe qué te pasará.

Pero ¿qué podía pasarle?

Seguramente te caerá un año. Zou Lei puso cara de concentración cuando lo oyó. Un año y luego, ¿qué? Un año y luego decidirán qué hacen contigo.

Vale, dijo. Y ¿qué hacen conmigo?

Ésa es la cuestión. Pueden hacer lo que quieran, por tu situación legal.

¿Puedo pasar toda la vida aquí?

Casi toda tu vida. Fíjate en Guantánamo.

Pero había más; se enteró después. Aquello era sólo el principio. Cualquier agente podía llevarla del codo a dar un largo paseo hasta el otro lado de la prisión, enseñarle una lavandería llena de reclusos, decir: Aquí está vuestra nueva ayudante, ¿os la dejo un rato?, y esperar lo bastante para que se le helara la sangre. Después decir: Era broma, ¿te has cagado encima? ¿Quieres comprobarlo? Y mientras la acompañaba de vuelta al ala de las mujeres, diría: Seguro que ahora te mostrarás más simpática conmigo, y la encerraría en el baño para volver más tarde. Si la reclusa se resistía, estaba autorizado a cargar contra ella como si fuera un hombre, derribarla, golpearle la cabeza contra el suelo, darle una descarga eléctrica en la espalda y arrastrarla de una pierna mientras ella gritaba y las cámaras lo grababan todo en blanco y negro; atarla a la silla, meterle una bolsa por la cabeza y dejarla allí doce horas hasta que suplicase un poco de agua. Y él podía contar hasta doce tan despacio como le viniera en gana. Luego la asistente social, al verle los ojos amoratados como ciruelas, preguntaría: ¿Por qué peleas con el personal? Y pondría «Antisocial» en su expediente. Eso añadiría tiempo a la condena, fuese cual fuese, cuando por fin tuviera una condena, y así se agenciarían un trozo más de su vida. Bastaba con que les diese un motivo. Iban a violarla a menos que se comportara y se moviera de una forma determinada y, aun así, podían pillarla en cualquier momento y perderla en la lavandería. Se lo hacían a las chiquitas medio indias de las bandas mexicanas. Si después lloraba demasiado, le darían trazodona. Luego la llevarían arriba, amarrada a una camilla, y la abandonarían en un pasillo.

Cualquiera que estuviese aquí por una redada de inmigración había violado la Ley Patriota. Si además la consideraban sospechosa de terrorismo, las cosas se ponían mucho más

interesantes. Había una celda en el nivel superior de la que nunca salía nadie. ¿O no se había dado cuenta?

Le enseñaron qué pasaba en esa celda del nivel superior. Tenían un proyecto en marcha: era una mujer tumbada en un camastro. Los agentes nos la han entregado, cuidamos de ella. Justo después del 11 de septiembre, la metieron en una celda con unos quince tíos. Ella era de Al Qaeda; eso, hijo. No sé cómo a esos tíos se les levantó porque es asquerosa, mírala. Es vieja. Zou Lei miró a la mujer. No supo si respiraba. Le dijeron que era una madre libanesa. Habían trasladado a su marido de New Haven a Siria para el interrogatorio. Había heces secas en las paredes. La mujer tenía los pies negros y el pelo ceniciento enmarañado en la cara. Le arrojaban papel higiénico mojado, tampones usados. Una chica negra le gritó: ¡Puj, qué peste!, y se fue riendo.

La mujer no podía hablar ni moverse. Los americanos le habían descubierto la cabeza y ella estaba acostada, apretándose la cara con las manos.

Zou Lei quiso salir de allí.

¿Asustada?, preguntó una reclusa. No me extraña.

En el noroeste, en la ciudad del desierto donde se crió, Zou Lei veía a hombres postrados bajo los arbolillos de la calle medieval, la cúpula de la mezquita bien visible sobre las casas de adobe. Los hombres estaban desplomados de bruces en la piedra, sobre el bordillo. Tenían la cara curtida por el sol, los gorros aún en la cabeza y las sandalias a veces desprendidas, abandonadas a unos palmos de distancia. La calle ascendía hasta la mezquita y, de niña, antes de saber qué era la heroína, Zou Lei había creído que, cansados de subir la colina de camino a la oración, aquellos hombres se echaban a dormir.

Que Dios te acompañe, le dijo a la mujer.